

En América están de elecciones, y digo en América porque para los estadounidenses América son ellos y el resto es su patio trasero. Se conoce que como el presidente que optaba a la reelección estaba mayor e igual saludaba a un amigo invisible que se montaba en un ti vivo creyendo que era el Air Force One, lo han jubilado a la fuerza y han colocado en su lugar a una mujer negra –o eso dice ella, la verdad es que hasta yo tengo más color tras tres días de playa– para enfrentarse a Trump. Una mujer negra reúne en su sola persona dos de las características identitarias que más se valoran en los tiempos actuales, la del sexo y la del color, con eso tiene media campaña hecha. Si ni siquiera una mujer negra es capaz de derrotar a Trump, para la próxima deberán buscar a una mujer negra, obesa y homosexual, a ver si así. En América, las capacidades de un candidato son lo de menos, ya que las políticas de republicanos y demócratas no se diferencian, lo que cuenta es la imagen y nada más que la imagen (ya es más que lo que cuenta en España y así nos luce el pelo). Y que tenga pasta, claro, eso se da por sabido, no van a meter a un pobre en la Casa Blanca.

Trump tiene pasta y sobrepeso, hasta ahí bien, pero es blanco y hombre, con lo que la única bala que le queda para ser POTUS (a los americanos les encantan los acrónimos) es declararse homosexual, incluso trans, así igualaría fuerzas con la mujer que se dice negra. Tiempo tiene para ello, aunque haría bien en no despistarse, que uno no se da cuenta y llega heterosexual al primer martes después del primer lunes de noviembre. En el debate que sostuvo con Kamala el pasado martes, en lugar de anunciar su nueva orientación sexual, se dedicó a acusar a los inmigrantes haitianos de comerse a los gatos, lo cual sería una gran estrategia electoral en el caso de que los gatos votaran.

Miel, limón & vinagre

Donald Trump

CANDIDATO A LA PRESIDENCIA DE EEUU



POR
ALBERT SOLER

Trump, el número 1 y amigo de los gatos

No todo van a ser desventajas. Trump sufrió hace poco un atentado, y eso en América es muy útil, sirve igual para reservar mesa en un restaurante que para ganar unas elecciones. Solo hay algo que allí otorgue más prestigio que sobrevivir a un atentado: morir en el mismo, lo que ocurre es que eso corta de raíz con las posibilidades de ganar las elecciones. Decara a alcanzar la presidencia es más útil que la bala se limite a rebanarte una oreja, a que te atravesase de lado a lado

la cabeza, aunque eso último sea más fotogénico, recuerden a Kennedy. De haber muerto en el atentado, Trump ni siquiera constaría en la lista de presidentes americanos asesinados, que –de momento– se limita a Lincoln, Garfield, McKinley y Kennedy. Por lo menos en eso estamos por delante de la gran potencia, gracias a nuestros Prim, Cánovas, Canalejas, Dato y Carrero Blanco. Cinco a cuatro y sin bajar del autobús. Donald Trump recuerda al candidato que retrató John Dos

El candidato republicano a la presidencia de EEUU saluda a un jovenísimo simpatizante

Passos en *El Número Uno*, Chuck Crawford, un populista directo, franco, demagogo, radical, enemigo de las elites intelectuales, con turbias formas de ganar dinero, que llega a bautizar al movimiento que debe auparle hasta la Casa Blanca como Todos Millonarios. Con su pelo anaranjado, su



Efe

pose estudiadamente apolítica y su forma directa de hablar, simulando ser uno de ellos, Trump dispara al estómago de la América profunda, y con bastante más puntería que la de su frustrado asesino. «Todos estos hombres y mujeres irán a votar cuando se lo diga y no irán cuando les diga que no vayan. Y si les digo que den aceite de ricino a sus hijos, les darán aceite de ricino; y si les digo que se lancen al barranco, estoy convencido de que todos se lanzarán al barranco». Lo dice Chuck Crawford, pero podría decirlo Donald Trump, que cuenta con un electorado igualmente fiel. Como el protagonista de la novela, el candidato republicano tiene problemas judiciales, aunque –cosas que pasan en América– consiguió que el juez que le ha hallado culpable de 34 delitos por el caso Stormy Daniels, aplazase la sentencia hasta después de las elecciones. No está claro que eso sea una ventaja, tal vez conseguiría más votos cuanto más duro sea el veredicto, si cosas así han sucedido en Cataluña, bien pueden ocurrir al otro lado del Atlántico.

El problema de Trump será que en Estados Unidos no hay un Pedro Sánchez que venda amnistías a precio de saldo, aunque, de todas formas, tampoco él cuenta con los siete votos necesarios para comprarla. Trump nos pilla lejos, será porque lo está. Ilusionarse o desilusionarse con la política que se cuece a miles de kilómetros, es un lujo, cosa de señoritos. Ilusionarse o desilusionarse desde España con Kamala o con Trump, solo pueden hacerlo quienes no tienen otras preocupaciones. Quien pudiera. ■

CRÍTICA
RAFAEL
G. MALDONADO

El asombro en medio del espanto

No se encuentra uno precisamente entre los entusiastas de la narrativa actual, de tal suerte que no me cuesta demasiado esfuerzo revestirme con una coraza de inmunidad ante la avalancha de la, así llamada ahora, *rentrée literaria* de otoño. Habría de escarbar mucho, demasiado, para hallar entre ese lodo de nimiedades sobre asuntos de moda una buena novela o un digno libro de cuentos de eso que antes se llamaba *gran literatura*, algo por lo que, según recientes reportajes *culturales*, ya sólo apostamos aristócratas (del espíritu) y elitistas. Pero está también entre esas temidas y otrora ilusionantes novedades una editorial como Libros del Asteroide, un sello de éxito que ha conseguido aunar la calidad y los gustos refinados con una gran presencia en librerías y en la opinión pública, y unas ventas muy notables. Adicta al rescate de joyas poco editadas o injustamente olvidadas, nos regala este septiembre una novela que yo, que soy cualquier cosa menos un crítico literario, no puedo dejar de celebrar con ustedes, ya que algunas veces he sido editor y ese oficio es, como dijo Robert Gottlieb, poco más que hacer público el entusiasmo. Quiero hablar, decía, someramente de *Guerra de in-*

«Guerra de infancia y de España»

(Fabrizia Ramondino, Libros del Asteroide)

fancia y de España, de la italiana Fabrizia Ramondino (1938–2008), una novela quizá de equívoco título, más parecido a unas memorias o dietario, que originalmente se publicó en 2001 y a día de hoy se tiene por un clásico en su idioma original. Una obra sólida y voluminosa que viene prologada maravillosamente por Daniel Capó, un escritor mallorquín con la sensibilidad literaria y el conocimiento suficiente de la isla donde transcurre la obra para prácticamente obligarnos a leer una novela en la que cree tanto como acaba haciendo el lector que a la postre cierra el libro tras haber asistido a un mundo desconocido, una de las virtudes de la buena literatura.

La novela comienza con la llegada a Mallorca del cónsul de la Italia fascista en 1937 junto con su familia, y será su hija, Titita, la que nos lleve de la mano por una época y una mente –la de un niño lleno de asombro– fascinantes y enigmáticas a la vez. La niña –que tiene muchísimo de la propia Ramondino–

asiste a todo ello protegida entre los algodones del calor familiar y una gran finca, adonde únicamente llega el eco de los disparos y los ajustes de cuentas, prolegómenos de lo que sería la gran matanza de la Segunda Guerra Mundial. Novela de temprana iniciación, de descubrimientos naturales a guisa del joven Durrell con sus animalitos, del misterio que suponen la infancia y la extrañeza atónita de los adultos, a la que contrapone la protagonista su salvaje libertad y la maravilla del viaje temporal de su padre. Titita nos va contando una vida en la que el espanto de la guerra civil en Mallorca parece no afectarles ni a ella ni a su familia, a la manera de la reciente y tenebrosa película *La zona de interés*, donde los exterminios de Auschwitz son compatibles con la idílica vida familiar del capo del campo y sus hijos. Me gusta la prosa de Ramondino en la cabeza de la niña, elegante y limpia, la atmósfera misteriosa, la capacidad de observación de las diferencias sociales de entonces, la inocencia con la que se intuye el gris que domina la vida, y me gusta que en una finca como Son Batle hubiese una niña italiana que vio lo que aún, ochenta años después, seguimos intentando comprender los nietos de quienes lucharon en aquellos días aciagos. Una magnífica novela. ■